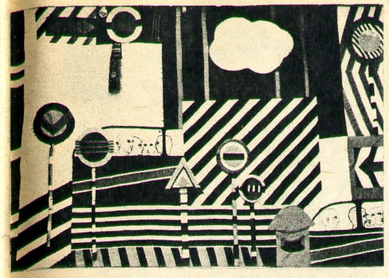
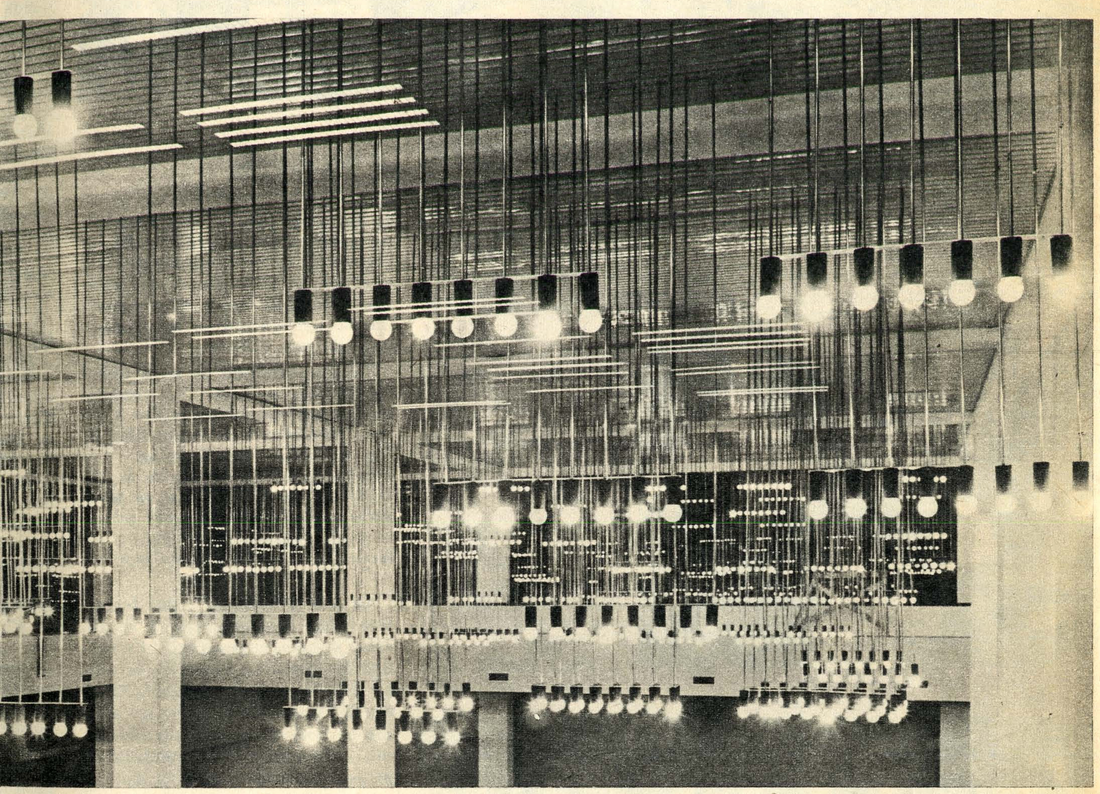
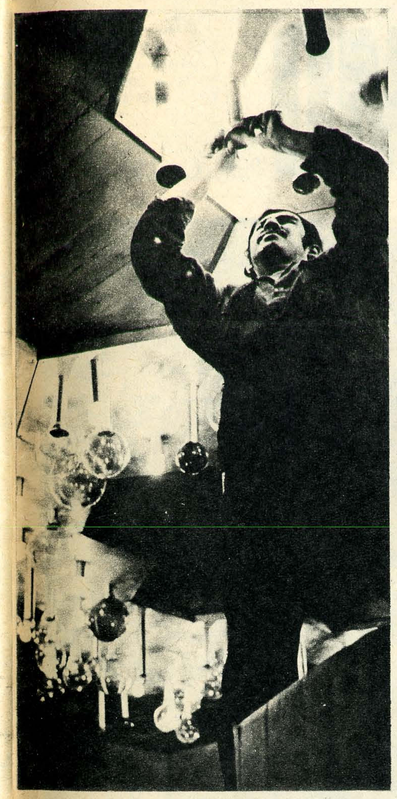
TAMBIEN UNA OBRA DE ARTE



Mural de Lucy Rosas de material textil. (Reportaje gráfico de Carlos Tapia.)





Mientras Gracia Barrios pone los últimos toques a un tapiz, Eduardo Martínez Bonati, asesor de arte incorporado del edificio, señala algunas de sus características. Al fondo, se ve el mural de Carreño. Roser Bru (arriba), por su parte, cose otro tapiz, mientras (izquierda) una escultura de Sergio Castillo da vida a un pasillo.

Los tapices, cuadros y esculturas no son las únicas obras de arte en el edificio de UNCTAD III. También hay una distribución del espacio con muchos logros estéticos y un cuidadoso diseño de muebles, puertas, lámparas.

Cuando alguien se instala en una flamante casa, o cuando una industria abre nuevas oficinas, suele suceder que alguien —dueña de casa o gerente— piense que hagan falta unos pequeños toques artísticos. Colgáranse entonces algunos cuadros en las paredes y, a lo mejor, hasta se colocará alguna escultura o cerámica popular o, en casos más bien excepcionales, se pintará un mural para que alguna pared no parezca "pelada". Esto es el arte como "agregado".

El criterio seguido en el caso de UNCTAD III es diagonalmente opuesto: pinturas, tapices, murales y esculturas no son parches ni añadidos. Fueron concebidos por el equipo de arquitectos y el asesor artístico Eduardo Martínez Bonati, como parte integral del edificio, como complemento natural de sus diseños y formas.

En una de las salas de sesiones se requería un panel acústico duro. No se optó por la simple solución funcional, sino por un mural de Iván Vial que satisface las necesidades técnicas y, al mismo tiempo, proporciona una decoración de calidad. Otros problemas eran los ductos de salida de la cocina al exterior del edificio: se transformaron en una gran escultura de Félix Maruenda. Una pared estaba afectada por un extractor de aire: gracias a un mural de José Balmes pasará inadvertido.

Además hay tapices de Herrera de las tejedoras de Isla Negra, un gigantesco pez de mimbre de "Manzanito". Y también artistas como Rose Bru o Carreño que, trabajando con textiles comunes y corrientes, a la venta en cualquier tienda, confeccionaron modernísimos gobelinos que decoran varias salas. Y además obras de otros artistas chilenos.

Lo importante es que el arte no comienza y termina con estas obras; se complementa con el edificio mismo y este edificio tiene una serie de detalles, producto del trabajo del equipo de arquitectos y diseñadores que igualmente son arte en su forma de trabajar el espacio, de diseñar muebles, lámparas, puertas.

Lo increíble es que esta construcción, tan novedosa en el medio chileno donde los arquitectos no siempre se distinguen por su originalidad o audacia, no fue siquiera cara. Cuenta Martínez Bonati que el costo por metro cuadrado incluyendo el trabajo de los artistas no es superior a aquel de una casa D.F.L. 2. ¿Cuál fue el secreto? En parte la rapidez con que se elaboró el edificio y también la cuidadosa selección de materiales para que no hubiera costos superfluos.

Los artistas mismos comprendieron que se les brindaba una oportunidad única. No operaron de acuerdo con el mercado burgués, en que la moda se paga caro, sino se dieron por satisfechos con honorarios de cinco mil escudos mensuales durante tres meses: el equivalente del arancel de un carpintero de primera. En este sentido se sentó un importante precedente para futuras incorporaciones de los artistas a obras públicas.